

Simplemente Betances

Félix Ojeda Reyes

Sucedió como un estampido. Eran las seis y media de la mañana del jueves 5 de agosto de 1920 cuando atraca en el puerto de San Juan una embarcación de la Marina de guerra de los Estados Unidos. Numeroso público, calculado por la prensa del país en más de 20 mil personas, llenaba las inmediaciones de los muelles esperando el solemne momento en que fuese sacada la urna que traía de Francia las cenizas del doctor Ramón Emeterio Betances.

El ilustre médico de Cabo Rojo había sido expulsado en 1867, por tercera y última vez de su tierra natal. Desde entonces no pisaba suelo boricua, pero su entierro pronto se transformaría en una velada multitudinaria. Las honras fúnebres de Betances comparan con las ceremonias luctuosas más concurridas de la pasada centuria, aquellas de Albizu Campos, Luis Muñoz Marín, José de Diego y Luis Muñoz Rivera.

Alfonso Lastra Chárriez, el representante más joven de la Cámara de Delegados de Puerto Rico, había sido comisionado por el poder legislativo para viajar a París y cumplir con el señalado propósito. Ya en San Juan, Lastra Chárriez hace entrega de las cenizas a los presidentes del Senado y de la Cámara. Acto seguido, Antonio Barceló y Juan B. Huyke se encargan de transportar la urna al carro fúnebre estacionado en las inmediaciones del atracadero. Más de 100 automóviles, numerosas comisiones y miles de puertorriqueños acompañan los restos de Betances hasta el antiguo edificio de la Diputación Provincial, donde estaba localizado el salón de sesiones del Senado de Puerto Rico.

En múltiples puntos de la Isla las cenizas de Betances fueron recibidas por inmenso gentío. Vega Alta, Manatí, Quebradillas, Rincón, Isabela y Mayagüez celebraron homenajes imponentes. Con el mismo impulso, el periódico *La Democracia* informa que en Camuy la Parroquia cantó responso y se acercó al féretro una anciana negra cuyos hijos habían sido liberados por el médico de Cabo Rojo.

Las banderas se izaban a media asta. Las campanas de las iglesias repicaban llamando al pueblo a expresar su respeto. Pero de todos aquellos homenajes que los pueblos agradecidos supieron tributarle a Betances, ninguno sobresale tanto como el que le rinde el 8 de agosto su pequeña comarca. En Cabo Rojo el poblado se lanza a la calle a encontrar el cortejo fúnebre que había salido de San Juan el día 6. Allí, en las actividades de Cabo Rojo, continúa distinguiéndose Alfonso Lastra Chárriez...

Simón Bolívar solía decir que lo que algunos hacen con las manos otros lo deshacen con los pies. Ese, casualmente, es el caso de Lastra Chárriez. En 1920 se había llenado de gloria al traer de París las cenizas de Betances, sin embargo, en la década del 1930, ese mismo letrado defiende a los policías que asesinaron brutalmente, en el cuartel de la calle San Francisco del Viejo San Juan, a los jóvenes nacionalistas Elías Beauchamp e Hiram Rosado. Un asesinato que recibió la repulsa de todo un pueblo que durante aquella década se había embravecido.

Nadie puede poner en duda el poder de convocatoria de nuestro Betances. Lo irónico es que todavía ni sus seguidores actuales se dan cuenta del asunto. Además de su entierro, viene al caso la muestra de arte e historia titulada *Simplemente Betances*, inaugurada a principios del pasado mes de septiembre. Más de dos mil personas abarrotaron el Museo de las Américas del Viejo San Juan para ver la exhibición más abarcadora que se ha hecho en Puerto Rico sobre nuestro prócer.

Anclado para siempre en el cielo de nuestra patria, Betances, rebelde y radical, se ha plantado en el antiguo cuartel de Ballajá. Betances vive en las esculturas de Tomás Batista, José Buscaglia, Francisco Vázquez Díaz, Rafael López del Campo, Víctor Rodríguez Gotay y Severo Romero. Su nombre vibra en el lápiz de Tufiño, en el pincel de Carlos Raquel y en las tonalidades oscuras realizadas en prisión por nuestro querido amigo Elizám Escobar.

Betances vive en la mirada penetrante captada con suma agudeza por el republicano español Pablo Serrano. Betances en el pulso de Martorell y de Cervoni, en los óleos de Francisco Domingo, Miguel Pou, Jorge Rechany, Federico Alvarez Dez, Jorge Aurelio Amy, Pablo Marcano y José Gabriel Ojeda.

El *Pater Patrie* deja sentir su generosa presencia en las serigrafías y grabados de Osvaldo de Jesús, Lorenzo Homar, Rafael Rivera Rosa, Carmelo Sobrino, José Alicea, Luis Alonso, Rafael Trelles, José Rosa, Sixto Cotto, Jesús Cardona, José Peláez, Dennis Mario Rivera, Héctor Soto, Luis Germán Cajigas, Consuelo Gotay, Yolanda Pastrana y Alina Mende.

Allí, en el Museo de las Américas, están sus fotografías, sus cartas y documentos de incalculable valor histórico. Tal es el caso de la proclama de los diez mandamientos de los hombres libres, suscrita en San Thomas poco antes del Grito de Lares. Tal es el caso de la Colección Giusti, un libro copiador de cartas que la viuda de Betances, Simplicia Isolina Jiménez Carlo, regaló a la familia Giusti en agradecimiento por su ayuda para que ella pudiera trasladarse a Puerto Rico, junto a los restos de su esposo. Esta colección tiene un valor extraordinario porque reúne 299 folios que abarcan 169 cartas, la inmensa mayoría de ellas desconocidas hasta el día de hoy. El libro corresponde a los años 1883-84 y es principalmente un epistolario con los hombres de gobierno de la hermana República Dominicana.

Hay más de 300 piezas en la exhibición. Objetos que jamás se han visto en Puerto Rico, hablamos, por ejemplo, de un relicario con fotografía original de

Segundo Ruiz Belvis, el amigo inseparable, de quien Betances decía que era “el mejor de los conspiradores”. Al dorso del relicario, en la tradición de aquellos años, se puede observar un mechón de pelo, el A. D. N. del patriota de Hormigueros.

En el Museo de las Américas hay sellos conmemorativos, medallones en bronce, un bono del Partido Nacionalista con su imagen y la lápida en mármol que señaló su tumba en el cementerio histórico de París luego de la incineración. También podemos ver a Betances en el recetario del doctor Ernesto Ojeda, hay un bastón con las iniciales del prócer y la encuadernación de lujo, preparada por Wilfredo Géigel, del *Desterrado de París*, biografía laureada por el Instituto de Literatura Puertorriqueña. Si lo anterior fuera poco y quiere usted respirar una tenue brisa de libertad, lea la dedicatoria que nuestro prócer envía a la joven Blanca María Malaret:

Eres cristiana bautizada, pero te falta –á ti como á la mayor parte de nuestras hermanas e hijas—una consagración, i yo te bautizo en nombre de la Libertad i de la Patria.

Betances

Por eso, precisamente, Betances vive. En el Museo de las Américas están las imágenes de su imagen, “confabuladas en una suerte de conferencia magistral” que viene a rescatar en Betances a todas las voces de todos los forjadores de nuestra patria. En fin, que ahí está su imagen imperecedera para ver si somos capaces de hacer algo con ella.

Ramón Emeterio Betances es, sin lugar a dudas, la figura más importante que ha tenido Puerto Rico en toda su historia. No tan sólo es el promotor de nuestro Grito de Lares, sino que destaca además en el campo de la medicina general, la salud pública, la cirugía y la oftalmología, cultiva el periodismo, es poeta, novelista, diplomático, teórico político, abolicionista de renombre y profeta del proyecto confederativo de las Antillas. Ese es el Betances que

descubrimos en la muestra de arte e historia que hemos titulado *Simplemente Betances*.